LA
SANGRE AZUL

COMEDIA EN TRES ACTOS

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

PEDRO GORRIZ Y EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

Estrenada con extraordinario éxito en Madrid, en el teatro de Novedades, la noche del 12 de Enero de 1885.

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20
1885

20

PERSONAJES.	ACTORES.
ÁNGELA..	Sra. Dominguez.
LA MARQUESA.	» Alverá.
ENRIQUETA.	» Campini.
ISABEL..	» Huertas.
RAFAEL.	Sr. Gonzalez.
EL MARQUÉS.	» Morales.
DON ANSELMO.	» Zamacois.
DON FERNANDO (1). . . .	» Venegas.
UN LACAYO	» N. N.
UN CRIADO.	» N. N.

(1) Los autores agradecen muchísimo á su buen amigo D. Genaro Venegas el haberse prestado á desempeñar este papel, ajeno á su carácter.

Es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO
Libros depositados en la
Biblioteca Nacional
Procedencia
LORETO
N.º de la procedencia

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Fernando. Puerta en el foro, y forillo de jardin. Puertas laterales. Muebles de lujo.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA, sentada junto á un velador, leyendo un libro que tiene en la mano.

ENRIQ. «El verdadero amor, al manifestarse, toma todas las formas por las cuales ha permitido Dios á las almas comunicarse á traves de la trasparente valla de los sentidos. Desde el suspiro tenue, hasta la apasionada exclamacion; desde la mirada dulce y silenciosa, hasta el torrente de palabras que pronunciamos sin oirlas, porque no significan otra cosa que un esfuerzo impotente para querer expresar lo que nunca podrá expresarse tal como lo siente nuestra alma.....»

ESCENA II.

DICHA.—RAFAEL, que ha escuchado las últimas palabras.

RAFAEL. ¡Es una gran verdad!
ENRIQ. ¡Ah!
RAFAEL. ¡Siempre leyendo!

720510

ENRIQ. Los buenos libros son los amigos más sinceros.

RAFAEL. Y los ménos exigentes. Ellos nos dan todo cuanto valen en cambio de un poco de atencion. (Repasa los libros.) ¡Oh! y éstos son de lo más selecto que se ha escrito. Dime lo que lees, y te diré si amas.

ENRIQ. ¿Ha leido usted todas esas obras?

RAFAEL. Todas, y en ellas he aprendido cómo debo amarla á usted.

ENRIQ. Dicen que el verdadero amor no necesita maestro.

RAFAEL. Es un error, porque las primeras lecciones las recibimos en el regazo de nuestra madre.

ENRIQ. Lecciones..... que no todos saben aprovechar.

RAFAEL. Tanto peor para los desaplicados. Yo me hallo dispuesto á probar á todas horas que he nacido para amar..... mejor dicho, para amarla á usted.

ENRIQ. ¿Y..... para ser amado por mí?

RAFAEL. Eso..... usted lo dirá.

ENRIQ. Lo he dicho ya, y sepa usted, Rafael, que soy muy constante en mis ideas.

RAFAEL. La constancia, generalmente, sólo acompaña á los seres que tienen sed de amor.

ENRIQ. Entre los cuales figuro yo en primera línea. Huérfana desde mi más tierna edad, educada por mi abuela paterna, á quien nombraron mi tutora, y cuyo carácter altivo y orgulloso contrasta abiertamente con el mio, he vivido sin conocer más ventura que el dulce recuerdo de mi madre, y los sueños que mi mente se forjaba para el porvenir..... que presumo empiezan á realizarse.

RAFAEL. Sí, Enriqueta; pensemos solamente en hoy, sin inquietarnos por el mañana. ¿No hemos de disfrutar los resplandores del dia pensando en que ha de llegar la noche? ¿Dejarémos de extasiarnos con las delicias de la primavera por acordarnos de las tristezas del invierno? Usted tiene veinte años; yo, veintisiete; nos amamos y tenemos derecho á ser felices. Los años nos traerán el desencanto de algunas cosas y la revelacion de otras nuevas; pero nuestro amor permanecerá inalterable, porque es profundo y sincero. ¿Qué significa la vejez del cuerpo si el espíritu sigue jóven?

ENRIQ. Dice usted bien, pensemos en el presente; el porve-

nir pertenece á Dios..... pero..... consagremos tambien algun recuerdo á nuestro pasado.

RAFAEL. Sea.

ENRIQ. ¿Recuerda usted el dia en que nos conocimos?

RAFAEL. ¡Cómo olvidarlo! El veinticinco de Mayo, en los jardines de Aranjuez. Paseaba usted con su tia; hacía calor y entraron ustedes á descansar en uno de los cenadores, al mismo tiempo que yo salia de él. Entónces nos vimos por vez primera. Despues.....

ENRIQ. Esperó usted á que saliéramos del cenador.

RAFAEL. ¿Sabía usted que yo esperaba?

ENRIQ. Me lo dijo..... mi deseo.

RAFAEL. Cuando salieron ustedes me oculté detras de un árbol; la vi á usted descender por una pendiente bastante pronunciada, en la que tenía miedo de resbalar; pero en aquel momento reparó usted en mí, y queriendo demostrar un valor que no sentia, precipitó su carrera, dejando caer el ramo que llevaba en la mano, y que yo me apresuré á recoger, devolviéndoselo, no sin haber reservado ántes para mí una de sus flores. Usted me dió las gracias sonriendo, yo me alejé lentamente, volviendo la cabeza á cada paso, y..... desde aquel instante el amor se posesionó de mi alma para siempre.

ENRIQ. Veamos..... ¿qué hubiera usted hecho á no haberme encontrado en su camino?

RAFAEL. Dar por terminado mi viaje de recreo, volver al lado de mi madre y seguir buscando la manera de hacer ilustre mi nombre.

ENRIQ. ¡Hola!..... ¿Tambien ambicioso?

RAFAEL. Aunque me tache usted de inmodesto, le haré una franca confesion. Ántes de conocerla, yo no sé qué ideas de gloria y de grandeza habian germinado en mi cerebro..... He trabajado mucho..... he publicado muchos libros..... hasta me he permitido escribir versos..... Ya los leerémos juntos..... y los quemarémos despues. En resúmen, yo me creia destinado á ocupar algun dia un puesto distinguido, aunque no tuviese para ello otro fundamento que mi vanidad; pero han bastado una tarde de primavera, un cielo azul, un paisaje pintoresco y la aparicion de una mujer entre las flores, para

que todos mis ensueños de ambicion hayan ido á disiparse entre las brumas de la tarde y los perfumes de la campiña. He llegado á persuadirme de que la celebridad es el consuelo de los que no sienten amor, y ahora todo mi orgullo consiste en amar á usted; todo mi anhelo, en probar que soy digno de que usted me ame.

ENRIQ. ¿Y qué dirá su madre de usted de tal mudanza?

RAFAEL. ¡Oh! Ella me comprenderá..... me ama demasiado para no comprenderme.

ENRIQ. ¿Es jóven aún?

RAFAEL. Parece mi hermana mayor.

ENRIQ. Mucho deseo conocerla.

RAFAEL. Pues la conocerá usted muy pronto, porque la he escrito contándoselo todo y me ha contestado que se ponia en camino inmediatamente.

ENRIQ. Me alegro. Tambien esperamos hoy á mi abuela.

RAFAEL. ¡La señora Marquesa de Villaumbría! Confieso que la tengo miedo..... Todo el mundo exagera su mal carácter..... Dicen que es despótica..... altanera.....

ENRIQ. Nada exageran al decirlo. Ella se cree superior á toda la humanidad. Apénas ha sabido nuestro amor, y ya tiene contra usted una prevencion desmedida, sólo por sistema..... por costumbre..... Pero debe serle á usted indiferente.

RAFAEL. ¡Oh!..... no tal..... En su doble cualidad de abuela y tutora de usted..... pudiera oponerse á nuestro enlace.

ENRIQ. Rafael..... veo que usted no me conoce bien todavía, y voy á decirle una cosa que espero no olvidará. Yo, entiéndalo bien, seré esposa de usted á pesar de todos los obstáculos que á ello se opongan, sin que haya nada ni nadie que me haga cambiar de propósito, miéntras el amor de usted sea tan leal é inalterable como el mio. Si es necesario sufrir, suframos; si es preciso esperar, esperemos. Algun dolor se debe ofrecer á Dios en holocausto por el inmenso placer que inunda nuestros corazones.

RAFAEL. Esas bellísimas palabras fortalecen mi espíritu y me hacen esperar tranquilo. ¡Ah, Enriqueta! Dichoso yo, que he merecido el amor de una mujer como usted.

ENRIQ. ¡Hablemos de otra cosa!

RAFAEL. Bien; si usted lo desea..... Y á propósito..... ¿por qué no se halla aquí don Fernando para recibir á la Marquesa?

ENRIQ. ¡Oh! mi tio no se ocupa más que de la política. Ayer volvió de Barcelona, despues de un año de ausencia, y apénas le hemos visto. Él se distrae más en cualquier parte que al lado de su esposa. La venida de la Marquesa le aleja más todavía, porque no he visto un hijo tan frio y ceremonioso con su madre. Es verdad que todos la temen, ménos su hermano el Marqués y yo.....

RAFAEL. ¡Es un hombre excelente el Marqués!

ENRIQ. Y á usted le estima muchísimo. ¡Qué bien hice yo en escribirle para que, abandonando su casa solariega de Búrgos, viniese á nuestro lado! Estoy segura de que su apoyo no nos faltará.

ESCENA III.

DICHOS.—ISABEL por la izquierda.

ISABEL. Ni el mio tampoco.

ENRIQ. Ya lo sé, querida tia.

ISABEL. Buenos dias, Rafael.

RAFAEL. Señora.....

ISABEL. Tu abuela acaba de llegar, y pregunta por tí.

ENRIQ. Voy al momento, que no conviene impacientarla. Hasta la vista. (Á Rafael.)

RAFAEL. Adios, Enriqueta. (Vase Enriqueta por la izquierda.)

ESCENA IV.

ISABEL, RAFAEL.

ISABEL. Conque..... ¿se halla usted decidido á formular hoy su peticion ante la Marquesa?

RAFAEL. Así pensaba hacerlo; pero mi madre está en camino

para Madrid, y ahora creo más oportuno esperar su llegada.

ISABEL. Ella no pondrá obstáculos á la felicidad de su hijo; pero no podemos esperar lo mismo de la Marquesa.

RAFAEL. ¿Cree usted que me negará la mano de Enriqueta?

ISABEL. Hay una razon para temerlo. Usted no lleva unido á su nombre ningun título nobiliario, y mi madre política, constante en su manía, desea enlazar á su nieta con un hombre de elevada alcurnia.

RAFAEL. Rancias preocupaciones, que sólo conducen á hacer del matrimonio sin amor una carga insoportable.

ISABEL. Así es, desgraciadamente, y en mí hay una prueba de ello.

RAFAEL. ¡Cómo!

ISABEL. Considerándole como de la familia, bien puedo permitirme con usted cierta confianza. Yo tambien, al casarme con el hijo de la Marquesa de Villaumbría, fuí sacrificada impíamente á..... eso que se ha dado en llamar intereses de familia. Desde entónces mi vida es un tejido de decepciones y amarguras, que se aumentan diariamente con el desvío y la indiferencia de mi esposo. Incapaz de sentir amor por nadie, no tiene ni áun la habilidad de fingir algun agradecimiento á la mujer que al darle su mano renunció para siempre á toda esperanza de felicidad.

RAFAEL. ¡Triste destino el de las almas sensibles, en medio del defectuoso mecanismo de nuestra sociedad! Señora..... no sé hasta qué punto le será á usted útil la amistad de un hombre á quien conoce de ayer; pero, valga por lo que valga, acéptela usted, pues todos los que sufren tienen el derecho de ocupar un lugar preferente en mi corazon.

ISABEL. Gracias, Rafael. La confesion que acabo de hacer á usted prueba que ya le consideraba como á un leal amigo. Yo, en cambio, me comprometo á poner en práctica todo cuanto de mí dependa, para que llegue usted al logro de sus aspiraciones. El Marqués está de nuestra parte, y su influencia puede sernos muy provechosa.

RAFAEL. Mucho celebraria yo que mi union con Enriqueta se verificase á gusto de todos; pero, en caso contrario,

no pienso retroceder ante las dificultades. Ella me ama, y esto es lo único que me importa; si el mundo se obstina en interponer entre nosotros el orgulloso alcázar de sus vanidades, un soplo de Dios, si tal es su voluntad, bastará para destruirlo. Adios, señora, hasta mañana.

ISABEL. Hasta mañana.

ESCENA V.

DICHOS.—EL MARQUÉS por el foro.

EL MARQ. ¡Alto ahí, caballerito!

RAFAEL. ¡Oh, señor Marqués!

EL MARQ. ¿Se marcha usted ya?

RAFAEL. Sí, señor; la Marquesa ha llegado hace poco, y..... hay que dejar cierta expansion á la familia.

EL MARQ. Sí..... comprendo..... Bueno; pues váyase usted, que aquí quedo yo.

RAFAEL. Mil gracias, señor Marqués. (Vase por el foro.)

EL MARQ. Adios..... Cada dia me gusta más este mozo, y sería una lástima que no pudiéramos casarle con Enriqueta. Pero lo intentarémos, ¿eh?

ISABEL. Acabo de prometerle todo mi apoyo en este asunto.

EL MARQ. Bien hecho. ¿Dónde está tu marido?

ISABEL. ¿Lo sé yo por ventura?

EL MARQ. Es verdad; olvidaba que para nada cuenta contigo.

ISABEL. Tal vez motive su ausencia la venida de mamá.

EL MARQ. ¡Buen tipo está mi hermana y tu suegra!

ISABEL. Sin embargo, mi esposo.....

EL MARQ. Sí; le tiene un miedo cerval, y por eso la obedece ciegamente. Conmigo sucede lo contrario, porque es ella la que me teme á mí.

ISABEL. ¡Chist! ¡Ahí viene!

ESCENA VI.

DICHAS.—LA MARQUESA y ENRIQUETA por la iquierda.

LA MARQ. ¡Hola, señor Marqués!..... Sea usted muy bien hallado!

EL MARQ. Y usted muy bien venida.

LA MARQ. ¿Qué tal de salud? (Sentándose.)

EL MARQ. Mejor que nunca.

LA MARQ. Lo celebro. Yo no estoy más que regular. Esto te lo digo, no porque me lo hayas preguntado, sino porque supuse que me lo ibas á preguntar.

EL MARQ. ¡Psht! Es probable.

LA MARQ. (Á Enriqueta.) Conque..... sepamos. ¿Cómo se llama ese jóven?

ENRIQ. ¿Qué jóven?

LA MARQ. Ese, con quien todos desean que te cases.

EL MARQ. (Ya rompió el fuego).

ENRIQ. No es que todos lo desen, abuelita. Lo deseo yo, y los demas aprueban mi eleccion.

LA MARQ. Bien; pero..... ¿se llama.....

ENRIQ. Rafael Gamboa.

LA MARQ. ¡Gamboa!..... (Al Marqués.) Hermano, ¿conoces tú alguna familia noble de ese apellido?

EL MARQ. No es fácil que uno conozca á todas las familias de España.

LA MARQ. Pues yo conozco todas las que algo significan entre la nobleza, y no recuerdo que el tal apellido sea notable por ningun concepto.

EL MARQ. Lo cual no debe importar gran cosa á los que lo llevan.

LA MARQ. ¿De modo que, segun tú, es lo mismo tener un apellido ilustre que no tenerlo?

EL MARQ. Absolutamente. Llevando un nombre honrado, y teniendo con qué vivir.....

LA MARQ. Esa teoría pertenece á la filosofía moderna, Marqués.

EL MARQ. Pues yo no tengo nada de moderno, por desgracia; pero la encuentro muy razonable.

LA MARQ. ¡Cómo ha de ser! ¿Por lo que veo, sólo falta mí consentimiento para que esa boda se realice?

EL MARQ. Naturalmente..... Como tutora de la novia.....

LA MARQ. (Á Enriqueta.) Y..... ¿dónde has conocido á ese..... caballero?

ENRIQ. En Aranjuez.

LA MARQ. ¡Ah!..... ¿En casa de alguno de nuestros ilustres amigos?

ENRIQ. No, señora..... Una tarde que iba de paseo con mi tia Isabel.

LA MARQ. ¿Quién te le presentó?

ENRIQ. Nadie..... Se presentó él mismo.

LA MARQ. Muy bonito..... ¿Y..... tu señora tia le recibió sin más ni más?

ISABEL. Entre personas bien educadas, creo que eso.....

LA MARQ. ¡Oh!..... ¿Quién lo duda? (Al Marqués.) Supongo que el señor Marqués no será de igual opinion.....

EL MARQ. Pues te equivocas.

LA MARQ. ¡Cómo! ¿Encuentras natural que se prometa la mano de una señorita al primero que pase por la calle?

EL MARQ. ¡Eh!..... ¡poco á poco! Aquí no se ha prometido nada; únicamente se ha autorizado al señor Gamboa para que te pida la mano de tu nieta. Aparte de esto, opino que á una señorita se la debe casar con un hombre decente, honrado, que la ame, y á quien ame ella, en vez de obligarla á unirse con otro á quien no profese cariño alguno.

LA MARQ. ¡Bah! (Secamente.) ¡Tú no sabes lo que dices!

EL MARQ. Muchas gracias. Pues entónces, tampoco lo sabe ninguno de los presentes.

LA MARQ ¡Ah! Luego tú..... (Á Isabel.)

ISABEL. Yo..... (Titubeando.)

LA MARQ. ¡Acaba!

ISABEL. Yo opino como mi tio el Marqués, y hasta creo que es muy justo realizar de vez en cuando en ciertas familias un matrímonio por amor, siquiera para compensar los que se celebran sin otros móviles que la preocupacion ó el interes.

EL MARQ. ¡Muy bien dicho!

LA MARQ. Me encanta esa unanimidad de pareceres..... contrarios al mio..... Estoy sola contra todos..... Pero no importa. ¿Se ha consultado el caso con mi hijo?

ISABEL. Mi esposo se adhiere de antemano á lo que usted resuelva.

LA MARQ. Ya lo sabía yo.

EL MARQ. Como que mi sobrino no tiene voluntad propia. Sólo piensa en la política, de la que espera no sé cuántas cosas..... Más le valiera dedicarse á construir casas, como su difunto padre.

LA MARQ. ¡Señor Marqués!..... Mi esposo no las construia..... ¡dirigia su construccion!

EL MARQ. Es lo mismo.

LA MARQ. No lo es.

EL MARQ. Si tan enfurecida te pones, me veré obligado á recordarte lo que aparentas olvidar.

LA MARQ. ¿Eh? ¿Qué vas á decir?

EL MARQ. Que has llegado á figurarte que eres Marquesa de véras, lo cual es altamente ridículo.....

LA MARQ. ¡Marqués!

EL MARQ. Sí, señora, ridículo, porque nuestro padre no dejó más hijo varon que yo, y estando el título vinculado en los varones por la línea directa, yo soy el único Marqués; de lo que resultará que el dia en que tenga por conveniente morirme, lo cual me propongo retardar cuanto pueda, como no soy casado ni tengo hijos, se acabó el marquesado, que, por cierto, de poco me hubiera servido, á no haber hecho un capitalito comerciando en diversos artículos.

LA MARQ. Eso no impide que nuestro blason tenga un oso en campo de gules.....

EL MARQ. Bueno; pues haz bailar al oso y déjame de tonterías. Cada uno es hijo de sus buenas obras, y no de los pergaminos que pueda mostrar, sin saber cómo ni por qué los posee.

LA MARQ. ¡Esto es insoportable!

ESCENA VII.

DICHOS.—UN LACAYO.

LACAYO. Señora.....

LA MARQ. ¿Qué ocurre?

LACAYO. Un caballero desea hablar con la señora Marquesa.

LA MARQ. ¿Su nombre?

LACAYO. Dice que se llama don Anselmo Perez, y que es apoderado de don Rafael Gamboa.

LA MARQ. (¡Hola..... hola!.....) Bueno; que entre. (Váse el Lacayo.) Sin duda vendrá en nombre de ese..... caballero.

ESCENA VIII.

DICHOS.—DON ANSELMO, que aparece por la puerta del foro, con el sombrero en la mano.

ANSEL. ¿La señora Marquesa?

LA MARQ. Yo soy; ¿de qué se trata?

ANSEL. (Saludando á todos.) Quisiera..... con permiso de los presentes, que hablásemos á solas. Tengo que comunicar á la señora Marquesa asuntos importantes.....

EL MARQ. No hay inconveniente. Nosotros nos retiramos ahora mismo.

ENRIQ. ¿Qué será esto? (Bajo á Isabel.)

ISABEL. No lo sé. ¿Tienes miedo?

ENRIQ. ¿Yo? Bien sabe usted, tia, que nunca lo he tenido. (Vanse los tres por la izquierda.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA, DON ANSELMO.

LA MARQ. (Ásperamente y sin mirar á su interlocutor.) Le escucho á usted..... (Pausa.) Digo que le escucho á usted.

ANSEL. ¡Ah!..... Pero ¿hablaba usted conmigo?

LA MARQ. Pues ¿con quién habia de hablar?

ANSEL. Perdone usted, señora; como, generalmente, cuando se habla con una persona se la mira á la cara, por muy fea que la tenga. ...

LA MARQ. ¿Pretende usted darme lecciones?

ANSEL. ¡Líbreme Dios!..... Carezco de autoridad para tanto; pero cuando una persona..... de cierto carácter se presenta en una casa solicitando que la escuchen, lo natural es que se la atienda por cortesía y se la invite á sentarse. (Se sienta.)

EL MARQ. Consiento que lo haga usted.

ANSEL. Seré tan conciso como claro: voy al asunto. Don Rafael Gamboa, amigo y cliente mio, está enamorado

de su nieta de usted, y aguarda, para pedir su mano, la llegada de su madre, á fin de poder dar á usted cuantos datos exija acerca de su fortuna y posicion social. Este es el estado actual de las cosas, ¿no es cierto?

LA MARQ. Cierto. (Con despego.)

ANSEL. Bien; pues ahora empiezan las dificultades.

LA MARQ. ¡Ah! ¿Conque las hay?

ANSEL. Cualquiera diria que se alegra usted.

LA MARQ. Eso es cuenta mia, y á usted nada le importa lo que yo piense.

ANSEL. En efecto. (¡Es muy fina esta señora!)

LA MARQ. Conque decia usted que las dificultades.....

ISABEL. Decia, ó mejor, diré ante todo, que Gamboa no es el verdadero apellido de don Rafael. Es un apellido..... postizo.

LA MARQ. ¡Cómo! Pues..... ¿cuál es el verdadero?

ANSEL. Ninguno.

LA MARQ. ¡Ninguno! ¿Qué dice usted?

ANSEL. Digo que es hijo de una costurera llamada Ángela del Valle, la cual no ha estado casada nunca.

LA MARQ. ¡Es posible!

ANSEL. Es la pura verdad.

LA MARQ. ¿Conque..... una costurera..... y ademas..... ¡ja, ja, ja! (Riendo.) ¡Es altamente cómico!

ANSEL. ¡Pues no ha de ser, señora!..... Nada hay más cómico que un hombre honrado siendo víctima de la infamia que cometieron con su madre..... ¡Cómico!..... y hasta bufo es esto..... ¿no es verdad, señora Marquesa?..... Vamos, me felicito de haber proporcionado á usted este buen rato, despues de haberme recibido tan mal.

LA MARQ. ¡Caballero! (Con altivez.)

ANSEL. Señora..... (Muy amable.

LA MARQ. Despues de todo..... agradezco las noticias que usted me ha dado; y puesto que trata al señor de..... Gamboa..... llamémosle así, porque usted le trata, ¿no es verdad?

ANSEL. Ya he tenido el honor de decir á usted que es mi cliente y mi amigo; ahora añadiré que soy su padrino de bautismo.

LA MARQ. ¡Ah!..... vamos..... ya comprendo. Le ha encargado á usted que venga á hablarme en su nombre para evi-

tarse el sonrojo de esta declaracion..... Ya decia yo que ese apellido.....

ANSEL. Nada de eso, señora. Él ignora que yo estoy en Madrid desde ayer, como ignora tambien en absoluto la triste verdad de su orígen. Precisamente por esa razon me he anticipado á participárselo á usted.

LA MARQ. Pero siendo hijo de una costurera, la fortuna de que disfruta será tan postiza como el apellido.

ANSEL. Al contrario, señora. Su fortuna es real y adquirida legalmente.

LA MARQ. Ya comprenderá usted que lo pregunto por mera curiosidad.

ANSEL. Lo comprendo muy bien, señora Marquesa.

LA MARQ. ¿De manera que ha concluido lo que tenía usted que decirme?

ANSEL. No, señora..... ¡Si falta lo mejor!

LA MARQ. ¿De véras? Sepamos, sepamos.

ANSEL. Veo que la divierte á usted mi relato.

LA MARQ. Me interesa.

ANSEL. Tanto mejor. Ahora necesito preguntar á usted si, despues de lo que ha oido, consentirá en el matrimonio de su pupila Enriqueta con el señor don Rafael Gamboa..... ó del Valle, puesto que éste es el único apellido que tiene derecho á llevar.

LA MARQ. ¿Consentir yo? ¡De ningun modo!

ANSEL. Pues permítame la señora Marquesa hacerle otra pregunta.

LA MARQ. Diga usted. Lo permito.

ANSEL. El nombre de Ángela del Valle ¿no le recuerda á usted nada?

LA MARQ. ¿Á mí? Nada absolutamente.

ANSEL. Es extraño, porque la casualidad se ha entretenido en formar una combinacion tan curiosa.....

LA MARQ. ¿Una combinacion?

ANSEL. Curiosísima; de la cual resulta que Rafael es primo de la señorita Enriqueta y, por consiguiente, nieto de usted.

LA MARQ. ¿Qué?..... ¡Usted está loco!

ANSEL. Nada de eso; si puedo probarlo.

LA MARQ. ¡Imposible! ¡Nieto mio un hombre que no tiene apellido..... cuando yo tengo catorce!

ANSEL. Muchos apellidos son. Pero vamos al caso. ¿Enriqueta no es hija de un hijo de usted, teniente general, que falleció dos años despues que su esposa?

LA MARQ. Sí, pero.....

ANSEL. Pues bien; mi ahijado Rafael es, como he dicho, primo de Enriqueta.

LA MARQ. ¿Por qué? ¡Acabemos!

ANSEL. Pues acabemos; porque es hijo de su segundo hijo de usted, don Fernando de Villaumbría, y de la costurera Ángela del Valle, á quien tuvo la villanía..... no, eso es fuerte; tuvo..... la humorada de seducir.

LA MARQ. ¡Ah!..... vamos..... ya recuerdo..... Una jóven que trabajaba en mi casa hace veintiocho años próximamente..... ¡Ja, ja, ja!..... Por cierto que armó un escándalo terrible el dia que se casó don Fernando, con el pretexto de que tenía un hijo de él.

ANSEL. Sí..... ya ve usted..... una friolera..... un pretextillo, cualquier cosa.....

LA MARQ. Claro está, porque ¿á quién le constaba que ese hijo fuese de don Fernando?

ANSEL. Á nadie..... ¡es claro!..... Es decir, les constaba á los dos, y me constaba á mí, que saqué al muchacho de pila..... y le constaba á usted tambien, señora..... demasiado lo sabe.....

LA MARQ. Yo no reconozco más individuos en mi familia que aquellos cuya existencia está legalizada.

ANSEL. Señora Marquesa..... hablemos con calma, y quizá podamos entendernos. Los chicos se aman, y es cruel no consentir que sean felices. El secreto que acabo de revelar á usted quedará entre nosotros; la madre de Rafael no dirá nada, no exigirá nada; ántes bien, si usted le pidiera la existencia como garantía de su silencio, no vacilaria en ofrecérsela con tal de que el hijo de su corazon viviese dichoso. Usted, que es madre, comprenderá la sinceridad de tal sacrificio, porque yo la comprendo tambien, aunque no he sido madre nunca..... (Pausa.) ¿Qué dice usted?

LA MARQ. Lo que ántes dije. En cuestiones de honor soy intransigente. Respeto mucho los timbres de mi cuna.

ANSEL. Ya lo veo. ¿De modo que es inútil insistir?

LA MARQ. Completamente inútil.

ANSEL. Entónces queda terminada mi mision como padrino. Ahora, como notario, advertiré á usted que no la sorprenda lo que ocurra en adelante.

LA MARQ. ¿Y qué podrá ocurrir?

ANSEL. ¡Toma!..... Lo natural. Si Rafael ama de véras á su prima, de lo cual estoy seguro, y ella le quiere á él como se merece, de lo cual estoy casi seguro, se casarán á pesar de usted, de su familia y del mundo entero, porque el amor lo puede todo, y porque estoy yo aquí para ayudar y aconsejar á mi ahijado como padrino, como hombre y como notario. ¡Y mire usted que un notario empeñado en salirse con la suya es más temible que las siete plagas de Egipto!

LA MARQ. ¡Lo verémos, señor notario!

ANSEL. ¡Vaya si lo verémos, señora Marquesa!

LA MARQ. Entre tanto, suplico á usted que me ahorre el disgusto de tener que despedir al señor..... del Valle..... es decir..... de nada. Beso á usted la mano.

ANSEL. Á los piés de la señora Marquesa. (Váse por la izquierda.)

ESCENA X.

DON ANSELMO. Despues RAFAEL.

ANSEL. Ya estoy aquí de más; ahora corramos en busca de Rafael. (Va á salir y se encuentra con Rafael, que entra por el foro.) ¡Muchacho! (Abrazándole.)

RAFAEL. ¡Qué veo!..... ¡Padrino!..... ¿Usted en Madrid? ¿Y mi madre?

ANSEL. Ya hablarémos. Vámonos de esta casa ántes que nos echen.

RAFAEL. ¡Echarnos! ¿Por qué?

ANSEL. Porque..... Vamos á ver..... Tú eres todo un hombre, ¿verdad?

RAFAEL. ¿Qué quiere usted decir?

ANSEL. Que te sucede una gran desgracia, y es preciso que te hagas superior á ella.

RAFAEL. ¡Dios mio! Hable usted. ¿Mi madre.....

ANSEL. Buena y sana; ha venido conmigo; y no se trata de eso.

RAFAEL. Pues entónces, nada hay que pueda abatir la fortaleza de mi espíritu.

ANSEL. ¡Bien, muchacho! Así me gusta.

RAFAEL. Hable usted.

ANSEL. La Marquesa te niega rotundamente la mano de Enriqueta.

RAFAEL. Lo temia; pero..... ¿la razon?

ANSEL. La razon es que exige que sea tu padre quien venga á pedirla.

RAFAEL. ¡Mi padre! ¡si mi padre no existe!

ANSEL. (¡Por vida!..... Rafael, ya es preciso desengañarte; tu situacion lo exige.

RAFAEL. ¿Eh? ¿Qué significa esto?

ANSEL. Significa que has vivido hasta hoy en un error. Tu padre..... no es el esposo de tu madre; pero vive y está en Madrid.

RAFAEL. ¡Ah! ¡Pronto! ¡Su nombre!

ANSEL. ¡Su nombre! ¿Quieres saberlo?

RAFAEL. Sí..... ¡hable usted!

ANSEL. Don Fernando de Villaumbría.

RAFAEL. ¡Dios mio! ¡Luego yo soy..... (Abatido.)

ANSEL. Un hombre honrado, muchacho; no importa lo demas. ¡Alza esa frente!

RAFAEL. ¡Ah! (Cubriéndose el rostro con las manos.)

ANSEL. ¡Voto al chápiro! ¿Vas á tomarlo por lo sentimental como si fueras un botarate cualquiera? (Pausa.)

RAFAEL. (Irguiéndose de pronto.) ¡No! Sólo quiero saber qué razones ha tenido mi padre para abandonar á la madre de su hijo.

ANSEL. ¡Toma!..... Eso.....

RAFAEL. Sígame usted.

ANSEL. ¿Á dónde vamos?

RAFAEL. ¿Á-dónde hemos de ir? Á buscar á ese padre á quien no conozco, y á quien no quisiera conocer.

ANSEL. Rafael..... ¡por Dios!

RAFAEL. ¡Oh! nada tema usted..... Ha llegado la ocasion de probar á todo el mundo que este bastardo, este sér sin nombre, está templado para las grandes luchas. (Vase por el foro, seguido de don Anselmo, que trata de contenerle.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Despacho elegante en casa de Rafael. Puerta al foro, y dos laterales en primer término. Librería. Mesa de escribir; en las paredes, bustos de autores célebres, cuadros, acuarelas, etc.

ESCENA PRIMERA.

DON ANSELMO, que entra por el foro, dando muestras de cansancio.

ANSEL. ¡Uf!..... ¡vengo reventado! (Se sienta en una butaca.) Ya no sirvo yo para estos trotes. Ese dichoso don Fernando parece que se lo ha tragado la tierra. ¡Qué modo de correr!..... Salimos del Casino y entramos en el Ateneo; volvemos al círculo A; tornamos al círculo B..... «Ahora mismo acaba de salir; dijo que iba á tal parte.» Pues vamos á tal parte..... Allí nos dicen que se ha ido á tal otra..... Nada, nuestro hombre no parece, y mi ahijado está resuelto á no descansar hasta encontrarle..... Bueno, él que es jóven puede resistir.....

ESCENA II.

DICHO.—ÁNGELA por la izquierda.

ÁNGELA. Y bien, Anselmo, ¿has visto á mi hijo?

ANSEL. Le he visto y le he enterado de todo; como que á estas horas corre por todo Madrid en busca de su padre.

ÁNGELA. ¡Dios mio!..... ¿qué has hecho?..... Estará indignado contra mí..... acaso me maldiga en este instante.....

ANSEL. ¡Eh!..... no seas exagerada..... ¡Maldecir á su madre Rafael!..... ¡No parece sino que no le conoces!

ANGELA. Pero ¿cómo le has dejado solo, sin darle tiempo á que reflexionára, sin procurar detenerle.....

ANSEL. Hija mia, no se detiene así como quiera á un hombre que se encuentra de pronto en la situacion en que se halla tu hijo. ¡Ah!..... Si tú me hubieras hecho caso, sabria la verdad hace mucho tiempo..... Y no que ahora el pobrecito ya es un hombre..... y está enamorado..... y..... en fin.....

ÁNGELA. Harto me pesa el haber seguido siempre los impulsos de mi corazon.

ANSEL. Pues no será porque yo no te advirtiera oportunamente del peligro..... Recuerda que hace veintiocho años te decia: «Ángela, no creas á ese hombre; mira que Fernando no me inspira confianza; que los jóvenes que no trabajan, porque al venir al mundo se lo encuentran todo hecho, han de distraer en algo su ociosidad, y la ociosidad de un hombre como él puede ser la perdicion de una mujer como tú.» ¿Lo recuerdas?

ÁNGELA. Sí, es cierto; pero.....

ANSEL. Pero el tal Fernandito reunia las condiciones necesarias para trastornar á una chica pobre, huérfana y soñadora, y tus relaciones con él dieron por resultado que yo fuera padrino sin haber sido padre. En fin, no pensemos hoy por hoy más que en procurar la felicidad de Rafael, que consiste, segun dice, en casarse con su prima Enriqueta. (Llaman dentro.) ¡Calle!..... han llamado..... Puede que sea él..... (Va al foro.) Sí, aquí le tienes.

ESCENA III.

DICHOS.—RAFAEL por el foro.

ÁNGELA. (Corriendo á abrazarle.) ¡Hijo mio!

RAFAEL. ¡Madre! (Desprendiéndose de ella y con gravedad.) Vengo de casa de don Fernando de Villaumbría.

ÁNGELA. ¿Le has visto?

RAFAEL. No; le he dejado una tarjeta, suplicándole me indicase la hora en que podrá recibirme. Y ahora celebro no haberle hallado, porque creo que será mejor, ántes de verle, que hablemos nosotros un momento.

ANSEL. (Me parece prudente quitarme de en medio.) Hasta luégo.

ÁNGELA. ¿Te marchas, Anselmo?

ANSEL. Voy á acostarme un rato, porque estoy derrengado. (¡Pobrecito mio!) (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV.

ÁNGELA, RAFAEL.

RAFAEL. Madre mia..... puesto que estamos solos, no tendrás reparo en contestar á dos preguntas que quiero dirigirte.

ÁNGELA. Estoy dispuesta á satisfacerlas.

RAFAEL. Es preciso que yo conozca toda la verdad, para poder entenderme con el señor de Villaumbría.

ÁNGELA. ¿Qué piensas decirle?

RAFAEL. Eso dependerá de lo que tú me digas ahora.

ÁNGELA. En todo caso, no debes olvidar que es tu padre.

RAFAEL. No tanto como ha olvidado él que soy su hijo.

ÁNGELA. Acaso sea ménos culpable de lo que parece.

RAFAEL. No te pido que le defiendas.

ÁNGELA. Es mi deber.

RAFAEL. No lo es. Él te abandonó injustamente, puesto que no creo le dieses motivo para ello.

ÁNGELA. Ninguno.

RAFAEL. Por eso mismo quiero oir de sus labios qué razon puede tener un padre para abandonar á su hijo..... Si la razon existe, yo seré el primero en aceptarla.

ÁNGELA. ¿Y si él rehusa decirte esa razon? ¿Y si niega que es tu padre, puesto que desgraciadamente nada hay que lo pruebe?

RAFAEL. Siempre esclareceré la verdad.

ÁNGELA. ¿La verdad? Dispuesta estoy á decirla..... sí, mi sola

pena es haberte dejado hasta hoy en una ignorancia que yo creia poder prolongar hasta despues de mi muerte. Hoy, en presencia de tu amor, de la pérdida de tus esperanzas de felicidad, esta revelacion toma las proporciones de una desdicha irreparable..... lo sé. No lo es tanto, sin embargo, porque yo soy siempre digna de tí, Rafael, como tú lo eres de la que amas. Tu felicidad, no lo dudes, depende de la entrevista que vas á tener con tu padre.

RAFAEL. ¡Quién sabe!.....

ÁNGELA. Sí, sé dulce y conciliador con él, porque es el único que puede reparar, moralmente al ménos, la desdicha que parece abrumarte. Apela á sus buenos sentimientos..... él te escuchará..... se enorgullecerá al conocerte..... no lo dudes..... te llamará su hijo, si no públicamente, en lo íntimo de su corazon, y despues de haberte excluido de su familia con su matrimonio, te hará entrar en ella por medio del tuyo. Esto, hijo mio, es lo que debes hacer.

RAFAEL. No, madre; de ningun modo. El hombre que hace veintisiete años adora y respeta á la que le dió el sér como á la más santa de las mujeres, y sabe lo que yo sé, debe al encontrarse con el autor de su desdicha pedirle una explicacion categórica de ella. ¿Crees que debo olvidarlo todo, perdonarlo todo, solamente porque me unan con la que amo? No, madre; yo adoro á Enriqueta, cifraba en ella las esperanzas más risueñas de mi porvenir, porque me creia un hombre como los demas. No siendo así, mi honor es ántes que el amor que la tengo..... no ese honor que nos dan ó nos quitan al nacer segun el capricho de nuestros padres, sino el verdadero honor, el que puede y debe exigirse á un hombre, porque ése depende de su exclusiva voluntad.

ÁNGELA. ¿Qué quieres decir?

RAFAEL. ¿No comprendes que bulle en mi mente una duda, un pensamiento que me atormenta, que pugna por escaparse de mis labios en este instante?

ÁNGELA. ¿Cómo?

RAFAEL. ¿Olvidas que existe todavía para mí un misterio en mi vida presente cuya explicacion no me atrevo á pe-

dirte, y que es, sin embargo, indispensable aclarar?

ÁNGELA. Habla; ¿qué misterio es ése? Te ruego, te exijo..... te mando que me lo digas.

RAFAEL. Pues bien..... vas á responderme sin vacilar.

ÁNGELA. Sí; habla, repito.

RAFAEL. Puesto que eras pobre cuando mi padre te abandonó, ¿de dónde proceden las comodidades, el bienestar..... la riqueza que poseemos?

ÁNGELA. ¡Ah!..... (Turbada.)

RAAFAEL. ¡Responde..... necesito saberlo!

ÁNGELA. Lo sabrás, lo sabrás..... pero oye con calma.....

ESCENA V.

DICHOS.—UN CRIADO por el foro.

CRIADO. Señorito.....

RAFAEL. ¿Qué hay?

CRIADO. Un caballero pregunta por usted y me ha dado esta tarjeta.

RAFAEL. (La toma y lee.) «¡Fernando de Villaumbría!»

ÁNGELA. ¡Él!

RAFAEL. (Al Criado.) Hazle pasar al momento. (Vase el Criado.) Déjanos solos, madre.

ANGELA. ¡Por Dios, Rafael!

RAFAEL. Nada temas; yo te prometo conducirme como un hombre de honor. (Acompaña á Ángela hasta la puerta izquierda.)

ESCENA VI.

RAFAEL.—DON FERNANDO por el foro.

FERNAND. ¿Don Rafael Gamboa?

RAFAEL. Soy yo, caballero.

FERNAND. He sabido que me buscaba usted con empeño, y siento que no haya podido encontrarme tan pronto como yo tambien hubiera deseado. Por eso, al leer la tarjeta

que se ha servido usted dejar en mi casa, me he apresurado á venir á la suya, á fin de ahorrarle nuevas molestias.

RAFAEL. Agradezco su atencion, señor don Fernando, y le suplico que tome asiento. (Le toma el sombrero, que deja sobre la mesa, y vuelve á sentarse junto á D. Fernando, que ántes de hacerlo ha examinado rápidamente la habitacion.)

FERNAND. Durante mi estancia en Barcelona, mi mujer me escribia con frecuencia hablándome de usted, por cierto en términos muy lisonjeros.

RAFAEL. Doña Isabel es la bondad misma.

FERNAND. Puede decirse, por lo tanto, que aunque sin conocernos usted y yo personalmente, no somos extraños el uno para el otro. Isabel me ha dicho tambien que usted nos dispensaba el honor de solicitar la mano de mi sobrina Enriqueta.

RAFAEL. Deseaba, en efecto, esa honra.

FERNAND. Yo me ocupo poco ó nada de los asuntos de familia.

RAFAEL. Y..... ¿ha hecho usted siempre lo mismo?

FERNAND. Siempre. La política no me deja tiempo para nada. Mi madre, la Marquesa, es quien se encarga de todo, y no hago más que ratificar sus disposiciones. Pero esta cesion voluntaria de mis derechos no atenúa el cariño casi paternal que profeso á mi sobrina, que será tambien mi heredera, puesto que no tengo hijos.

RAFAEL. ¡Ah!..... ¿Usted no tiene hijos, eh?

FERNAND. No, señor, desgraciadamente.

RAFAEL. ¿Ni..... los ha tenido usted?

FERNAND. Tampoco. (Pausa.)

RAFAEL. (Conteniéndose.) Es, en efecto, una desgracia..... Pues..... mi objeto al buscar á usted era manifestarle que mis proyectos de matrimonio con Enriqueta pueden considerarse como no formulados.

FERNAND. ¿Cómo así? ¿Retira usted su peticion?

RAFAEL. No, señor; pero la señora Marquesa niega su consentimiento..... y supongo que usted ratificará, segun su costumbre, esta negativa.

FERNAND. Sepamos ántes en qué ha podido fundarla.

RAFAEL. En que..... así como usted no ha tenido hijos, lo cual se explica fácilmente, yo no he tenido padre, lo cual es de más difícil explicacion.

FERNAND. ¿Cómo? No le comprendo á usted.

RAFAEL. ¿No? Pues hablaré todavía más claro. Yo, señor don Fernando, soy un hijo ilegítimo, no reconocido por su padre, lo cual he sabido hace pocas horas, y mi primer deber en este caso era buscar á usted para decírselo. Mi madre me ocultaba la verdad de mi situacion, que, á saberla yo, no me atreviera á solicitar la mano de Enriqueta. La Marquesa, al enterarse de este misterio de mi vida, niega su consentimiento; de modo que no me queda otra esperanza que usted. Ahora creo me habrá comprendido.

FERNAND. Perfectamente.

RAFAEL. Entónces, espero su respuesta.

FERNAND. Caballero..... confieso que me ha sorprendido una revelacion tan franca como inesperada.....

RAFAEL. Es mi carácter franco por educacion..... ya que no por naturaleza. Siempre voy al fin por el camino más corto, y por lo mismo me agrada que se me hable tambien francamente.

FERNAND. Eso prueba que es usted un hombre de bien.

RAFAEL. ¡Nada..... franqueza, señor don Fernando! Se lo suplico.

FERNAND. Pues..... señor de Gamboa..... mi madre y yo pertenemos á un mundo intransigente en asuntos de cierta índole. Enriqueta no es más que mi sobrina; mi madre es su tutora, lo cual nos pone forzosamente en el caso de no disponer de su suerte sino con ciertas reservas. El matrimonio, como usted comprenderá, no es solamente la union de dos personas; es ademas la alianza de dos familias. Es indispensable, por lo tanto.....

RAFAEL. Sí..... que esas dos familias sean, si no de un mismo rango, al ménos de una misma raza.

FERNAND. Exacto..... Usted me ha pedido que hable francamente.....

RAFAEL. ¡Oh!..... sí, sí..... Estoy satisfecho. ¿Quiere usted, señor don Fernando, que vayamos más léjos aún en cuestion de franqueza?

FERNAND. Como usted guste.

RAFAEL. Pues..... suplico á usted que me escuche con atencion. Mi madre se llama Ángela del Valle.

FERNAND. ¡Cómo! ¿Usted es hijo de Ángela? (Con gran sorpresa. Ambos se ponen de pié.)

RAFAEL. Sí, señor..... y por consiguiente, hijo de usted.

FERNAND. ¿Mio?

RAFAEL. Si niega usted ser mi padre, ha concluido nuestra conversacion.

FERNAND. ¿Yo?..... Bien..... supongamos que no lo niego.....

RAFAEL. Entónces..... ¿por qué no me ha dado usted su nombre?

FERNAND. Rafael.....

RAFAEL. ¿Qué?

FERNAND. No puedo contestarle acerca de lo que ya me es imposible reparar.

RAFAEL. Es que yo no le pido á usted que repare su conducta; le pido solamente que me la explique. No mendigo un nombre; pido una aclaracion de los hechos. Tengo derecho á saber por qué se me ha engañado hasta hoy respecto de mi orígen, y usted es el que puede y debe aclarar mis dudas.

FERNAND. Pero.....

RAFAEL. Tengo veintisiete años, alguna ilustracion, y conozco el mundo lo bastante para no sorprenderme de nada. ¿Me cree usted autorizado para dirigirle algunas preguntas? (Don Fernando hace una señal afirmativa.) Bien; ¿qué hacía mi madre cuando usted la conoció?

FERNAND. Trabajar.

RAFAEL. ¿Para vivir? No hay nada más honroso. ¿Tenía sobre sí alguna nota infamante? ¡La verdad..... sólo la verdad!

FERNAND. Ninguna.

RAFAEL. ¿De modo que usted lograria su amor mediante una formal promesa de matrimonio?

FERNAND. Cuando yo hice esa promesa, creia poder cumplirla; pero los acontecimientos son más fuertes que la voluntad de los hombres. Mi familia se negó resueltamente á mi casamiento, y lo escaso de mi fortuna me ligaba entónces á mi madre mucho más que ahora.

RAFAEL. Pero cuando usted resolvió casarse con una mujer que no era la madre de su hijo, ¿fué á decirle á ésta la verdad? ¿Consintió ella en tal injusticia?

FERNAND. No..... yo pretexté un viaje á América.....

RAFAEL. ¿Y por qué esa superchería?

FERNAND. Porque..... hay cosas que nadie se atreve á decir á una mujer en tales circunstancias..... Yo quise evitar el disgusto que á los dos habia de proporcionar una escena de lágrimas y reproches..... procedí como lo que era..... como un jóven sin experiencia..... como proceden tantos por ahí..... como usted mismo hubiera procedido.

RAFAEL. ¡Eh! no somos lo mismo todos los hombres.

FERNAND. Yo..... quisiera remediar de algun modo el daño que causé..... pero ¿cómo confesar á mi esposa la verdad? Interrogue usted á sus propios sentimientos; vea si el móvil que le ha guiado á procurar esta entrevista ha tenido algo que ver con el cariño filial..... ¡Oh!..... La familia no se constituye sólo por los vínculos de la sangre, sino por una afeccion del alma, robustecida por la costumbre de verse y amarse muchos años. Hasta hoy nada existia de comun entre nosotros, y si hemos de hablar sinceramente, nada ha cambiado en nuestra manera de ser, si se exceptúa que ambos sabemos ya una cosa que ignorábamos, la cual ocasiona á usted un disgusto y á mí un remordimiento.

RAFAEL. En ese caso.....

FERNAND. No es usted ya un niño, y ni su corazon ni su dignidad se satisfarian con el nombre de hijo, dado y recibido á hurtadillas de la sociedad. Es usted independiente; no necesita de nada ni de nadie; no tengo, por lo tanto, nada que ofrecerle á usted.

RAFAEL. Tiene usted razon, caballero. El primer sentimiento que yo he experimentado por usted no ha sido, por cierto, de amor; pero ¿de quién es la culpa?

FERNAND. No insistamos en eso.....

RAFAEL. Bien; yo acepto los hechos consumados, me inclino ante sus razones y nada le exijo de lo que un hijo puede y debe exigir de su padre. Pero lo que no hubiera usted hecho por un desconocido, puede hacerlo por mí. Supongamos que yo, siguiendo los consejos de mi madre, apelo á ese corazon, reduzco todas las ambiciones del mio á poseer la mano de Enriqueta, y que es lo único que solicito de usted. ¿Me la negaria?

FERNAND. Mi respuesta afirmativa no se haria esperar si fuese yo el solo árbitro de los destinos de mi sobrina; pero

ya he dicho que la Marquesa es quien dispone de ellos, con la doble autoridad de abuela y de tutora. Por otra parte, sería imposible ocultar la irregularidad del nacimiento de usted, y se diria.....

RAFAEL. ¿Qué podria decirse?

FERNAND. Se diria que yo daba entrada en mi casa, bajo el techo conyugal y con el título de madre, á la mujer á quien habia negado el de esposa; se diria que otorgaba un asiento en mi hogar, con el nombre de sobrino, al jóven á quien habia rehusado el título de hijo, para que disfrutase la herencia de mi hermano como pago y compensacion de su deshonra. ¿Se halla usted dispuesto á arrostrar alguna de estas suposiciones? No lo creo. (Pausa.)

RAFAEL. ¿Es decir, que condenado por una falta que no he cometido, debo renunciar á toda esperanza de amor y de felicidad sobre la tierra? ¿Es decir, que la sociedad exige que me arranque este corazon que para nada ha de servirme, como no sea para sentir el ultraje que se me infiere sin razon ni justicia? ¡Ah!..... ¡No! (Con brío.)

FERNAND. Suplico á usted que piense con calma.....

RAFAEL. Y yo, en cambio, advierto á usted que esa ley absurda que quiere imponérseme puede conducirnos á un trastorno general de las leyes naturales, por más que sean sagradas.

FERNAND. ¡Cómo! (Con cólera.)

RAFAEL. ¡Sí! ¿Quién es capaz de señalarme con exactitud la línea en que empieza la sociedad y la Naturaleza acaba? Nadie.

FERNAND. ¿Qué quiere usted decir?

RAFAEL. Puesto que el mundo ignora, y ha de ignorar siempre, que usted es mi padre; puesto que hemos de ser siempre dos hombres extraños el uno para el otro, ¡señor don Fernando de Villaumbría, usted ha deshonrado á mi madre cuando ella no tenía quien la defendiese; hoy tiene un hijo, que se presenta ante usted para exigirle, en el terreno propio de los caballeros como él es, aunque usted no lo sea, una satisfaccion cumplida de su conducta villana y de su cobarde bajeza!

FERNAND. ¡Oh! (Aterrado.)

ESCENA VII.

DICHOS.—ÁNGELA, que sale por la izquierda y se interpone entre ellos.

ÁNGELA. ¡Hijo!

FERNAND. (¡Ella!)

RAFAEL. ¿Que tienes, madre? (Transicion.) Nada temas..... ¡Si este caballero y yo estamos discutiendo tranquila y lógicamente! ¿No es verdad?

FERNAND. Así es, en efecto; y..... sin apartarnos de la lógica, puedo decir á esta señora que ha perdido todo el derecho á dirigirme inculpaciones, puesto que há tantos años disfruta una fortuna..... cuyo orígen se desconoce.

RAFAEL. ¡Ah!

ÁNGELA. (¡Dios mio!)

RAFAEL. Á tí, madre, te toca contestar ahora. Ya sabes que yo no puedo hacerlo.

ÁNGELA. Sí; hablaré, y tú me juzgarás al saber la verdad que encierra esa suposicion infamante para mí. (Á don Fernando.) ¿Recuerda usted nuestra última entrevista, hace veintiseis años, cuando fué usted á despedirse de mí pretextando un largo viaje? Pues bien; yo supe la verdad, y ciega de indignacion penetré en casa de la Marquesa de Villaumbría, la cual me hizo arrojar de ella por sus lacayos. No sé lo que allí pasó, porque el dolor habia trastornado mi cerebro..... Sólo recuerdo que rompí la donacion..... la limosna que usted me dejaba; se la arrojé al rostro, y volví al lado de mi hijo.

RAFAEL. ¡Madre mia!

ÁNGELA. Moribunda, desesperada y sin recursos, él solo me ligó á la vida. Á nadie comuniqué mis temores, pero el corazon me aseguraba que usted no se casaria jamas con la costurera Ángela; que jamas daria su nombre al fruto de nuestro amor, porque el hombre que se conduce como usted se habia conducido, no tiene, ni puede tener, entrañas de padre.

FERNAND. Ángela.....

ÁNGELA. Sin embargo..... yo alimenté todavía una esperanza. Cuando llegue el momento de nuestra separacion, me decia, él me lo confesará todo franca y lealmente..... implorará mi perdon, sin el cual no podrá vivir tranquilo; me dará esa última prueba de amistad..... yo le daré, perdonándole, la última prueba de afecto, y más adelante, cuando le encuentre por casualidad en mi camino, una sonrisa imperceptible para todo el mundo, ménos para mí; una lágrima de gratitud que tal vez sorprenda en sus ojos, me recompensarán de todas mis desgracias!

RAFAEL. ¡Pobre madre!

ÁNGELA. ¡Pero nada!..... (Dirigiéndose ahora á Rafael.) Despues de aquel tremendo dia, caí gravemente enferma. Tu padrino se hallaba ausente, y debí mi salud á los cuidados de un amigo, de un hermano de la niñez, vecino nuestro, cuya existencia minaba una tísis aguda, que al poco tiempo le llevó al sepulcro. Yo le cuidé en sus horas de agonía, como él me habia cuidado; le sostuve, le velé como una madre, como una hermana, y su alma generosa no quiso dejar sin recompensa mis afanes. Era solo en el mundo, y al abandonarlo para siempre, nos dejó por herederos de toda su fortuna.

RAFAEL. ¡Ah! (Sombrío.)

ÁNGELA. Yo la acepté..... por tí, considerándola una compensacion del destino. Compré en Astúrias una gran posesion, adonde me retiré contigo; el nombre de aquellas tierras es el que has llevado hasta ahora. Anselmo fué á reunirse con nosotros, y..... ya sabes lo demas. Todos me creen viuda, y ésta es la única mentira de que tengo que acusarme; ¡pero Dios me la perdonará en gracia de la intencion con que la he usado! (Pausa.)

RAFAEL. Caballero..... doy por terminado este asunto, y juro á á usted que, en adelante, ni mi madre ni yo le molestarémos en lo más mínimo.

FERNAND. Es usted un hombre de corazon, Rafael, y no pierdo la esperanza de verle dichoso algun dia.

RAFAEL. (Friamente.) Muchas gracias.

FERNAND. Adios. (Saluda y vase por el foro.)

ESCENA VIII.

ÁNGELA, RAFAEL.

RAFAEL. ¡Adios á mi vez, madre! (Se dirige hácia el foro.)

ÁNGELA. ¡Oh! ¿Á dónde vas? (Deteniéndole.)

RAFAEL. Á donde el destino quiera guiarme.

ÁNGELA. Rafael, ¿qué es lo que crees?

RAFAEL. Creo que has dicho la verdad; creo que no tienes de qué acusarte; pero..... ¡soy muy desgraciado!

ÁNFELA. ¿Dudas de mí?

RAFAEL. No; pero la fatalidad me obliga á confesar que mi padre está libre de toda responsabilidad para conmigo, y hasta para con su propia conciencia.

ÁNGELA. ¡Cómo!

RAFAEL. Sí, madre; la intervencion de un extraño en este asunto le exime de todo deber y hasta de todo remordimiento..... Y ahora..... ¿dónde he de buscar la felicidad? Siempre, á todas horas, en todas partes, me parecerá que las gentes al mirarme dicen: «¿Veis ese hombre? Es Rafael..... solamente Rafael, porque carece de apellido; es rico..... pero lo es porque un jóven que no era su padre, y que murió en los brazos de Ángela la costurera, les dejó toda su fortuna.»

ÁNGELA. ¡Rafael!

RAFAEL. Eso es lo que dirán de mí, señora.

ÁNGELA. Yo era una pobre mujer sin instruccion..... sin experiencia..... te adoraba ciegamente, y tú necesitabas esa fortuna..... ¿qué debí hacer?

RAFAEL. ¡Aceptar la limosna de mi padre, mejor que el donativo de un extraño; rehusar éste, aunque fuese preciso mantenernos con pan y agua, y luégo, cuando yo hubiera tenido edad para comprender y para trabajar, confesármelo todo, hacer de mí un obrero oscuro, sin más aspiraciones que ganarme el pan de cada dia, y sin otra educacion que el respeto á mi madre y la honradez de mi conciencia!

ÁNGELA. ¡Hijo mio!

RAFAEL. (Exaltándose por grados.) ¡Y si áun eso no hubiera sido posible, si te faltára en absoluto con qué alimentarme, sepultarme para siempre en un asilo, ó estrellar mi cabeza contra el suelo, ántes que hacer de mí un sér indigno, que vive con un nombre falso, sin pudor y sin dignidad, en medio de un doble deshonor!

ÁNGELA. ¡Ah, Dios mio! (Asustada y cubriéndose el rostro con las manos, á tiempo que aparece Anselmo y se interpone, asiendo por un brazo á Rafael.)

ESCENA IX.

DICHOS.—ANSELMO.

ANSEL. ¡Rafael! ¿Qué es esto?

RAFAEL. ¡Padrino! (Con ira.)

ANSEL. (Irguiéndose con arrogancia.) ¿Qué hay? ¿Piensas tú que me causas miedo? (Rafael va á hablar.) ¡Silencio!..... ni una palabra siquiera..... ¡Insultar á una señora, Rafael, siempre es una cobardía!

RAFAEL. ¡Oh!

ANSEL. Pero el que insulta á su madre, es un canalla y un miserable. (Movimiento de Rafael.) ¡Quieto! ¡No te muevas!..... Una madre como ésta..... tan buena..... tan cariñosa! ¡Mírala, ingrato! ¡Mírala, mal hijo!..... Contempla los lagrimones que la haces derramar, y piensa que con todo tu valor, no vales una sola de esas lágrimas! (Pausa, durante la cual Rafael permanece confundido y sollozando. Angela llora amargamente. Anselmo, al verlos, cambia completamente de tono.) Vamos, Rafaelito, hijo mio..... ¡si tú no eres malo!..... Anda, tontuelo, pídela perdon y se acabó todo; ¿sí? ea, anda. (Conduciéndole cariñosamente al lado de Ángela.)

RAFAEL. ¡Madre..... madre mia!..... (Ahogado por el llanto y tendiéndola los brazos.)

ÁNGELA. ¡Hijo de mi corazon! (Le abraza frenéticamente.)

ANSEL. (¡Diantre de chico!) (Haciendo pucheros.)

RAFAEL. Perdona, madre, este momento de arrebato, de locura. Ya vuelvo en mí..... ya estoy sereno..... Ese hombre ha sido muy cruel conmigo..... y sin embargo, le

hubiera bastado decir una palabra para que yo le perdonase y le quisiese.

ANSEL. No pienses en ello. Hay quien te ama y te comprende.

RAFAEL. Es verdad..... ¡ Mi madre! (Abrazándola.)

ÁNGELA. ¡ Sí, hijo mio!

ANSEL. Eso es; ¡y yo no soy aquí nadie!.....

RAFAEL. Es verdad, padrino, tambien usted me quiere..... (Abrazándole con mucho cariño.)

ANSEL. Más de lo que mereces..... Y otra persona hay que te quiere tambien.

RAFAEL. ¿Cuál?

ANSEL. ¡ Hombre!..... tu novia.

RAFAEL. Puede ser..... pero Enriqueta no es libre, y si llega á saber.....

ESCENA X.

DICHOS.—EL MARQUÉS por el foro.

EL MARQ. (Hablando en el foro con el Criado.) No, no es necesario anunciarme.

RAFAEL. Esa voz..... ¡ Ah! señor Marqués. ¿Á qué debo el honor de verle á V. en mi casa?

EL MARQ. ¿Á qué? Á que estoy indignado, á que no quiero hacerme cómplice de los extravíos de esta sociedad, y vengo á decirle á usted que puede contar conmigo para todo, y..... hasta la pared de enfrente, si admite lo vulgar de la frase.

RAFAEL. ¡ Oh, señor Marqués!

EL MARQ. (Á Ángela.) Usted perdone, señora..... Supongo que será usted la madre de Rafael, y me apresuro á ofrecer á usted mis respetos.

ÁNGELA. Caballero.....

EL MARQ. Tiene usted un hijo de mucho talento y gran porvenir..... De esta madera salen los hombres útiles..... En fin, conste que protesto contra las exigencias ridículas de mi familia, y que ofrezco á Rafael mi amistad, mi casa, mi fortuna y mi nombre, si para algo le sirven. He dicho.

ANSEL. (¡ Me entusiasma este viejo!)

RAFAEL. Señor Marqués..... en vano buscaria palabras para expresar á usted mi gratitud por tantas bondades. De cuantos ofrecimientos acaba usted de hacerme, hoy que la desgracia me persigue, el único que acepto con júbilo es su amistad, don que no tiene precio, y que me honra tanto como me complace. (Le tiende la mano.)

EL MARQ. Cuente usted siempre con ella. (Estrechándola.)

RAFAEL. ¿Y..... Enriqueta? (Con temor.)

EL MARQ. La pobre chica le quiere á usted más que nunca, y como le han prohibido que vuelva á nombrarle siquiera, é ignora la razon, porque nadie ha querido decírsela, estaba resuelta á venir con su tia Isabel, que la protege, á ver á su madre de usted y saberla de su boca; pero mi hermana, que conoce el carácter resuelto de Enriqueta, ha decidido, para evitar que cometa una imprudencia, alejarla de Madrid ó depositarla en un convento.

RAFAEL. Gracias, señor Marqués; ya sé todo lo que deseaba. Miéntras ella me ame, ¿qué me importan ellos? Si me apartan de Enriqueta porque no tengo un nombre, porque sólo puedo usar el de mi madre, yo le haré tan ilustre que su brillo baste para deslumbrarles, porque he de pedirle para él un rayo de su lumbre al radiante sol de la gloria.

ANSEL. ¡Bien, muchacho!

EL MARQ. ¿Qué piensa usted hacer?

RAFAEL. Lo ignoro; pero siento dentro de mí una fuerza oculta, un instinto secreto que me obliga á marchar hácia adelante. Es la fe de mi amor; es la ambicion de elevarme por encima de un mundo que se complace en empequeñecerme. El dolor imprevisto, la desdicha inmerecida, abatirán los corazones débiles; pero no abaten el mio, que ahora siento renacer á vida nueva. Voy á renovar mis antiguos sueños; voy á lanzarme ciegamente en el seno de esa misma sociedad que me rechaza, como la piedra que arrojada por la catapulta no sabe dónde irá á caer ni á quien herirá..... El impulso no es mio, pero le obedeceré.

ÁNGELA. ¿Y si en esa nueva lucha que vas á emprender te esperan más dolorosas decepciones?

RAFAEL. No me abatiré y lucharé siempre. Pero no temas, ma-

dre mia; Dios estará conmigo, porque Dios está siempre al lado de los perseguidos y de los débiles.

EL MARQ. Cierto, amigo mio. Adelante, y cuente usted con mi amistad.

ANSEL. Y con mi vida.

RAFAEL. Gracias, señores..... Madre, no puedes darme más que tu nombre..... ¡Yo le llevaré con orgullo y te lo devolveré tan honrado, que ante él se postren los añejos blasones que tanto estima la vanidad!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ÁNGELA y LA MARQUESA saliendo por la izquierda.

ÁNGELA. Crea usted, señora Marquesa, que mi gratitud no tendrá límites.

LA MARQ. Lo creo, hijo mia, y hará usted muy bien, porque al fin..... la cosa no es para ménos. Cierto que usted es buena, y que Rafael parece muchacho de provecho; pero al fin..... ¡catorce apellidos! ¿eh? ¿qué le parece á usted?

ÁNGELA. Señora.....

LA MARQ. Eso no impide que mi hijo, lamentando pequeñas ligerezas pasadas, se avenga generosamente á asegurar el porvenir de Rafael.

ÁNGELA. ¡Oh! señora Marquesa..... tanta bondad.....

LA MARQ. En efecto, no es poca; pero..... ¿qué quiere usted? somos así..... nobleza obliga. Sin embargo, es probable que exijamos aún de usted otra pequeña concesion, ademas de la que hemos convenido.

ÁNGELA. Si es en bien de mi hijo, accederé á todo cuanto usted quiera.

LA MARQ. No hará usted en ello más que su deber. Pero Rafaelito debe estar ya en Madrid, y usted tendrá que ocuparse en lo necesario para recibirle.

ÁNGELA. ¡Pobre hijo mio! Dos meses sin verle..... ¡Qué ajeno estará de las buenas noticias que le aguardan!

LA MARQ. Mi nieta tambien se alegraría mucho..... si yo le permitiera que se alegrase.....

ÁNGELA. Pero ¿ella sabe.....

LA MARQ. Lo único que necesita saber. Que me digno acceder á su boda con el que ama.

ÁNGELA. ¡Si viera usted, señora Marquesa, qué deseos tengo de abrazarla!..... Ya la miro como á una hija.....

LA MARQ. Pues si no es más que eso, yo misma la traeré cuando vuelva para comunicar á usted esa concesion de que la he hablado.

ÁNGELA. ¿Sería usted tan buena?

LA MARQ. ¿Por qué no? Yo soy buena, como todos los mios..... eso está en la sangre..... y puesto que vá usted á ser madre política de Enriqueta, no veo dificultad.....

ÁNGELA. ¡Oh! gracias, señora.

LA MARQ. Hasta pronto, querida..... No..... no me haga usted más extremos de gratitud; aunque los merezca, renuncio á ellos..... Yo soy así..... Adios.

ÁNGELA. Hasta luégo, señora Marquesa.

ESCENA II.

DICHOS.—DON ANSELMO, cargado de periódicos, entra apresuradamente por el foro.

LA MARQ. Hola, señor notario.

ANSEL. Señora..... perdone usted si no puedo saludarla como merecen sus catorce apellidos.

LA MARQ. Está usted perdonado..... Adios, queridita. (Vase por el foro acompañada por Ángela, que vuelve á entrar en seguida.)

ANSEL. (Pues, señor, no puedo atravesar á esta vieja.) (Á Ángela.) ¿Se marchó esa señora?

ÁNGELA. Sí; pero ¿qué traes ahí?

ANSEL. Los periódicos de hoy. Estoy seguro de que todos hablan de Rafael. Por ahí no se ocupan las gentes más que del muchacho..... ¡Qué triunfo, comadre de mi alma! No sé qué diablos há hecho allá, en la confe-

rencia de Lóndres, á donde le envió el Gobierno; pero aseguran que ha vuelto locos á los ingleses..... ¡ y mira tú que para volver loco á un inglés!.... Dicen que tu hijo ha salvado la situacion..... que le han dado una gran cruz..... que le van á hacer archipámpano..... ¿qué se yo? ¡Viva mi ahijado! ¡Viva!.... (Saltando y corriendo por la escena, deja caer los periódicos.)

ÁNGELA. Pero, hombre, ¿qué haces?

ANSEL. No lo sé; (Recogiendo los periódicos.) me ahoga la alegría. ¡Qué hijo tenemos!..... porque tambien es casi mi hijo..... yo le he criado y le quiero tanto como tú, aunque no lo crees segun voy viendo.

ÁNGELA. ¿Qué quieres decir?

ANSEL. Que me engañas, que me ocultas la verdad.

ÁNGELA. ¿Yo?

ANSEL. Sí; esas visitas de la Marquesa..... esas conferencias á solas contigo, ¿no significan nada? ¡Bah!..... Aquí hay gato encerrado. ¿Tú esperas, sin duda, que porque Rafael se ha hecho hombre importante, don Fernando legalice su situacion reconociéndole?

ÁNGELA. ¿Quién sabe?

ANSEL. ¡Hola! ¿Ves cómo era cierto que me ocultabas algo?

ÁNGELA. Es que aún no hay nada decidido; pero el Marqués trabaja en favor nuestro y yo tengo absoluta confianza en su amistad.

ANSEL. Y yo tambien; ese tiene un corazon de oro. Parece mentira que sea de la familia.

EL MARQ. (Dentro.) ¿Dónde está? ¿No ha venido aún?

ÁNGELA. ¡Ah!..... ¡Es él!

ANSEL. El mismo.

ESCENA III.

DICHOS.—EL MARQUÉS por el foro.

EL MARQ. ¿Conque todavía no ha venido?

ANSEL. ¿Quién?

ÁNGELA. ¿Habla usted de mi hijo?

EL MARQ. Naturalmente. El Ministro acaba de decirme que se encuentra ya en Madrid.

ANSEL. ¿Y qué se dice por ahí del chico?

EL MARQ. ¡Oh! Todos están maravillados de su habilidad..... de su talento..... Señora, puede usted estar orgullosa de su hijo..... Le aguarda el más brillante porvenir, y por mi parte yo no he de descansar hasta que vea á nuestro Rafael completamente dichoso.

ÁNGELA. ¡Oh señor Marqués!.....

ANSEL. (¡Cuando digo que me gusta este viejo!)

ÁNGELA. Yo no sé cómo pagar.....

EL MARQ. Nada me debe usted todavía. Y áun cuando así fuera, apoyando á Rafael no haria más que justicia.

ESCENA IV.

DICHOS.—EL CRIADO.

CRIADO. El señor don Fernando de Villaumbría.

ÁNGELA. ¡Él aquí!.....

ANSEL. La cosa marcha.

EL MARQ. Ha venido siguiéndome los pasos.

ÁNGELA. Yo no debo..... no quiero verle.

EL MARQ. Ni es preciso. Yo me entenderé con él.

ÁNGELA. Que pase. (Al Criado, que desaparece.) Vámonos, Anselmo.

ANSEL. (Estaré á la mira.) (Vanse por la izquierda.)

ESCENA V.

EL MARQUÉS.—DON FERNANDO por el foro.

FERNAND. Buenos dias, querido tio. Le he buscado á usted con verdadera impaciencia.

EL MARQ. Ya lo supongo, cuando vienes á encontrarme aquí. ¿Qué ocurre?

FERNAND. Isabel acaba de contarme los proyectos que usted abriga respecto á Rafael.....

El Marq. ¡Ah! ¿Tu mujer te ha dicho.....

Fernand. Lo que no me atrevo á creer todavía. ¿Es cierto que piensa usted adoptar al hijo de Angela?

El Marq. Sí, á tu hijo..... Es una idea que tuve hace tiempo, y que por fin me decido á llevar á cabo.

Fernand. Tio..... siento mucho verme obligado á protestar de tal resolocion.

El Marq. ¿Por qué? Se trata de un jóven á quien quiero mucho y que necesita lo único que hoy le falta; un nombre. El mio vale alguna cosa, y se lo regalo de buena voluntad. Como soy soltero y viejo, bien puedo permitirme ese capricho para reparar lo mejor posible el daño causado por uno de mi familia.

Fernand. Querido tio..... vamos claros: usted nos ha negado en más de una ocasion á mi madre y á mí el título que ahora quiere regalar á Rafael. ¿Es una leccion la que pretende usted darnos?

El Marq. ¿Yo? ¡Dios me libre!

Fernand. Entónces..... ¿es que considera usted á Rafael más digno que yo de llevar el título de Villaumbría?

El Marq. La pregunta es algo inoportuna, y temo que mi contestacion te disguste. Tú, Fernando, tienes un apellido legítimo, legal; pretender otro, porque lleva anejo un título de nobleza, es un exceso de ambicion, de que yo no debo hacerme cómplice. Si te halláras en el caso de Rafael, comprenderias que he tenido más razon negándote mi nombre á tí, que tienes uno, que tú negando el tuyo á tu hijo.

Fernand. Él no ha venido á pedírmelo.

El Marq. Nadie está obligado á pedir lo que por derecho le pertenece. Tampoco te pidió que le dieras el sér; tampoco te pidió que cubrieras de vergüenza á su madre, que la abandonáras despues, y sin embargo, tú lo hiciste por tu sola y omnímoda voluntad.

Fernand. La juventud tiene sus errores.

El Marq. Pero todo hombre de honor y de conciencia está obligado á repararlos si puede.

Fernand. Bien sabe usted que yo no puedo hacerlo.

El Marq. En absoluto, no; en gran parte, sí; pero tú, para no hacerlo, para salir de la falsa situacion en que te hallabas colocado, hiciste sospechar á Rafael que su for-

tuna podia ser el precio de una segunda falta de su madre.

FERNAND. Y habia motivos para creerlo así.

EL MARQ. ¡ Mientes !

FERNAND. ¡ Señor Marqués !

EL MARQ. ¡ Mientes, repito ! Todo el mundo podia dudar de Angela, ménos tú, el padre de su hijo. Harto sabes que digo la verdad. ¡ Y hoy protestas porque me decido á á prohijar á Rafael !

FERNAND. Sí, señor y protesto por una razon muy sencilla.

EL MARQ. Sepámosla.

FERNAND. La generosa intencion de usted es ya inútil, porque yo, su padre, estoy dispuesto á reconocerle.

EL MARQ. ¿ Tú ?

FERNAND. ¡ Yo ! ¿qué dice usted ahora ?

EL MARQ. Digo..... que no has conseguido sorprenderme; pero has acudido tarde.

FERNAND. ¿ Tarde ?

EL MARQ. Sí. Tú no tienes derecho alguno sobre Rafael.

FERNAND. ¡ Ah !..... ¿ Es usted quién le tiene ? Esto es gracioso, siendo yo su padre.

EL MARQ. ¿ Y qué ? En el caso presente eso nada significa.

FERNAND. ¡ Cómo ! La ley.....

EL MARQ. La ley, si yo quiero, estará á mi favor.

FERNAND. ¡ Sería curioso !

EL MARQ. Pues lo es, y puedo probártelo ahora mismo.

FERNAND. ¿ Usted ? ¡ Bah !

EL MARQ. Yo no, sino el señor (Por Anselmo, que aparece por la izquierda.) que es un hombre de ley. Á él apelo.

ESCENA VII.

DICHOS.—DON ANSELMO.

ANSEL. Señores.....

FERNAND. (Yo conozco esa cara.)

EL MARQ. Señor notario, llega usted muy oportunamente para decidir sobre una cuestion de curia.

ANSEL. Estoy á las órdenes de ustedes.

EL MARQ. Ante todo, tengo el gusto de presentarle á mi sobrino Fernando.

ANSEL. Muy señor mio.....

EL MARQ. Don Anselmo Perez, notario.

FERNAND. Vamos, ya recuerdo. ¿No me conoce usted, caballero?

ANSEL. Me parece recordar..... ¡Ah! sí, creo haberle visto á usted en casa de la madre de mi ahijado..... ¡Cómo se pasa el tiempo!..... ¿Conque decian ustedes.....

FERNAND. Que mi tio y yo sosteniamos una controversia respecto á mi hijo.

ANSEL. ¡Ah!..... ¿Usted tiene un hijo?

FERNAND. Me refiero á Rafael.

ANSEL. ¿Rafael es hijo de usted?..... ¿Desde cuando? Porque el año pasado no lo era.

FERNAND. Pues..... ahora lo será, porque he decidido reconocerle.

ANSEL. ¡Ah!..... Entendido.

FERNAND. Dígame usted si mi deseo es realizable.

ANSEL. ¡Ya lo creo!

FERNAND. ¿Qué formalidades se necesitan?

ANSEL. Firmar un documento en toda regla, ante notario y testigos.

FERNAND. ¿Nada más?

ANSEL. Nada más.

EL MARQ. Ya lo oyes.

FERNAND. Debo advertir al señor notario que, como amigo de Rafael, debiera tratar con más seriedad una cuestion que tanto le interesa.

ANSEL. Permita usted, señor mio: yo he respondido categóricamente á las preguntas que usted me ha hecho, pero he respondido solamente como notario. Si se me preguntase, por ejemplo, qué es lo que más puede convenir á don Rafael del Valle, contestaria tal vez de otra manera.

FERNAND. Sírvase usted precisar la cuestion.

ANSEL. Voy á ello. ¿Prefiere usted reconocer á su hijo, ó legitimarle?

FERNAND. ¿Legitimarle? ¿Y cómo?

ANSEL. Casándose con la madre.

FERNAND. Es imposible, porque estoy unido á otra mujer.

ANSEL. Entónces.....

EL MARQ. Un momento. Yo tambien deseo reconocer á Rafael.

FERNAND. ¡Reconocerle!

ANSEL. ¿Usted? (¡Ahora le llueven los padres!)

EL MARQ. ¿Qué hay que hacer para eso?

ANSEL. Firmar un documento en toda regla, ante notario y testigos.

FERNAND. Pero si usted no tiene semejante derecho.

ANSEL. ¿Por qué no? La ley se lo da.

FERNAND. Es que Rafael es mi hijo.

ANSEL. Pruébelo usted.

FERNAND. Probarlo.....

ANSEL. Sí; de la misma manera que usted y su madre exigieron á Ángela que lo probase en otro tiempo.

EL MARQ. Justamente.

ANSEL. ¿Usted es casado? (Al Marqués.)

EL MARQ. No, señor.

ANSEL. ¿Puede usted reconocer ó legitimar, segun le convenga?

EL MARQ. Es claro.

ANSEL. Pues, amigo mio, usted tendrá el derecho preferente por esa circunstancia.

FERNAND. Pero ¿sería usted capaz.....

EL MARQ. ¿De casarme con Ángela? ¡Toma! ¿Y por qué no? La pobre ha lavado su falta con un castigo bien duro.

FERNAND. ¿Luego un extraño ha de tener más derechos que un padre?

ANSEL. En esta ocasion sí, porque nadie puede probar quién es el padre verdadero, y el dicho del señor y de la madre harán fe completa.

FERNAND. Pero Ángela.....

EL MARQ. Ángela no sería tan tonta que rehusára llevar legalmente un nombre honrado y dárselo á su hijo, con un título de marqués por añadidura.

FERNAND. (¡Oh!)

EL MARQ. ¿Qué dices á esto?

FERNAND. Digo..... digo que Rafael sabe que es mi hijo, y no consentirá jamas en superchería semejante. Una vez le he hablado nada más, pero conozco sus sentimientos.

ANSEL. (Bajo al Marqués.) En eso tiene razon.

EL MARQ. (Lo mismo.) Calle usted. (Alto á Fernando.) Te equivocas;

Rafael aceptará esta combinacion, por no darme un disgusto. Sin embargo, ya que tal es tu empeño, te cederé el derecho de reconocer á Rafael, si de buena fe lo deseas y estás pronto.

FERNAND. ¿Duda usted?

EL MARQ. Como es tu madre quien dispone, y tú no haces más que ratificar sus acuerdos.....

FERNAND. Sin embargo..... en este caso todo puede arreglarse. Mi esposa conoce mi deseo, y lo aprueba.

EL MARQ. Bien por Isabel. Pero tu madre.....

FERNAND. En cuanto á mi madre, hay un medio muy sencillo. Adópteme usted, es decir, institúyame heredero de su título, toda vez que no los hay en línea directa, y entónces yo me comprometo á obtener el consentimiento de mi madre. De este modo, en último resultado, y como yo no tengo más hijos, ese título irá á parar á Rafael. ¿Qué responde usted?

EL MARQ. Vamos despacio. ¿Con que es decir que, á precio del título que llevo, darás á Rafael por de pronto tu apellido, que no es el de Villaumbría que usas, sino el de Cabezon, puesto que así se llamaba tu padre.

ANSEL. (¡Cabezon!)

FERNAND. Es un apellido honrado y legal.

EL MARQ. No lo niego; pero entónces..... ¿por qué no lo usas?

FERNAND. Querido tio..... le aseguro que á no mediar mi madre.....

EL MARQ. Bueno. Quedamos en que con esa condicion reconoces á Rafael.

FERNAND. Inmediatamente. Lo juro.

EL MARQ. Entónces, el señor notario nos hará el obsequio de extender los documentos correspondientes para todo.

ANSEL. Con mil amores.

EL MARQ. Y ahora, escucha, inocente. Si yo te he dicho que pensaba casarme con Ángela y legitimar á su hijo, ha sido sólo para conseguir de tí lo que ya he logrado. Sabía que tu madre y tú, con tal de atrapar esa corona que os seduce, no vacilariais hoy en pasar por todo lo que ayer rechazábais. No importa; he conseguido mi deseo, y Ángela verá realizado el suyo. Estamos, pues, en paz.

ANSEL. Señor Marqués..... ¿me permite usted que le dé un abrazo?

EL MARQ. ¡Con toda mi alma! (Se abrazan.)

FERNAND. Deploro que usted crea.....

EL MARQ. ¡Bah! (Á Anselmo.) Usted se encargará de activar esos documentos, ¿eh?

ANSEL. ¡Pues ya lo creo!

EL MARQ. Nosotros, entre tanto, irémos á participar lo que ocurre á mi hermana la Marquesa. Hasta luégo.

ANSEL. Vaya usted con Dios, señor Marqués. Beso á usted la mano, señor de Cabezon. (Los acompaña hasta el foro, haciendo reverencias.)

ESCENA VII.

DON ANSELMO.— Despues ÁNGELA.

ANSEL. Pues, señor, está visto que la fortuna se declara en favor de mi ahijado.

ÁNGELA. (Por la izquierda.) ¿Se han ido ya?

ANSEL. Sí, pero..... ¿tú no sabes?..... Don Fernando reconoce á tu hijo..... quiero decir, á su hijo..... mejor dicho, á nuestro hijo.

ÁNGELA. ¿Será cierto?

ANSEL. Cosa hecha. Todo se lo debemos al Marqués, ¡que tiene un corazon!..... Figúrate que por eso nombra á don Fernando su heredero..... de modo, que Rafael será á su vez algun dia marqués nada ménos.

ÁNGELA. ¡Oh, gracias, Dios mio!

ANSEL. Yo voy ahora mismo á extender los documentos..... No sé lo que me pasa..... Tengo ganas de reir..... y de llorar..... y de..... ¡Pero ese chico, que no viene! Estoy rabiando por abrazarle, por estrujarle..... En fin, miéntras llega, corro á mi despacho. (Vase por la derecha.)

ESCENA VIII.

ÁNGELA.—Despues RAFAEL.

ÁNGELA. ¡Hijo mio!..... ¡Quién pensára hace un año, cuando las nubes del dolor nos envolvian en una noche al pa-

recer eterna, que el sol de la felicidad iba tan pronto á desvanecer aquellas sombras, y que los mismos que nos despreciaron serian los primeros en mostrarnos un falso amor! Tú serás dichoso, te casarás con la que amas; pero ignoras el sacrificio á que por conseguirlo me he resignado. Sí..... más vale que no lo sepas; sé tú feliz, aunque yo tenga que besar las manos de mis verdugos. (Llora.)

RAFAEL. ¡Madre! (Por el foro, en traje de camino.)

ANGELA. ¡Hijo de mi alma! (Se abrazan.)

RAFAEL. ¿Qué tienes? ¿Estás llorando?

ÁNGELA. Sí..... la alegría de verte..... Vén, siéntate aquí, conmigo. (Le hace sentar á su lado, le toma las manos y le mira con pasion.) Estarás cansado, ¿no es cierto?

RAFAEL. ¡Oh! mi cansancio consistia en no verte, y mi reposo es el estar á tu lado.

ÁNGELA. ¿Te has acordado de mí durante tu ausencia?

RAFAEL. Pregúntame si te he olvidado un instante. En medio de las ardientes luchas de la política; al resonar en mis oidos los aplausos de la pública opinion; en esos momentos en que el hombre, embriagado con los goces del amor propio satisfecho, suele olvidarse hasta de sí mismo, yo me decia: «Si mi madre estuviese aquí; si viese cómo este intruso en la sociedad se eleva por sus propios esfuerzos hasta conseguir que el mundo le colme de honores, lloraria de placer, y yo sentiria elevarse mi inspiracion á cada lágrima suya; mi aliento, á cada suspiro; mi fe, á cada mirada.» Ya ves si he pensado en tí, madre mia.

ÁNGELA. Rafael..... tus palabras inundan mi alma de gozo, porque tú eres mi pasado, mi presente, mi porvenir, mi sola razon de ser en el mundo, donde yo no viviria si tú me faltases.

RAFAEL. ¿Á qué entristecerte con tales ideas, hoy que la felicidad nos sonrie?

ÁNGELA. Tienes razon..... Y áun no te he dicho que tu padre.....

RAFAEL. ¿Qué?

ÁNGELA. Se decide al fin á darte su nombre.

RAFAEL. ¡Cómo! ¿Es posible?

ÁNGELA. Anselmo ha hablado con él hace un instante. La Marquesa consiente tambien en tu matrimonio.

RAFAEL. ¿De véras, madre mia? (Muy alegre.)

ÁNGELA. Sí..... serás feliz con la que amas..... muy feliz; ¿no es verdad, hijo mio?

RAFAEL. ¿Y..... tú? (Con recelo.)

ÁNGELA. ¿Yo?..... tambien seré feliz..... puesto que tú vas á serlo. Pero eso no importa, porque yo me sacrificaria por tí, si eso fuera necesario.

RAFAEL. ¿Sacrificarte tú? ¿Por qué razon? ¿Acaso te han exigido.....

ÁNGELA. (Disimulando.) No..... nada de eso..... Es que yo pienso en tu situacion, y conozco que el nombre de tu padre ha de serte más útil para el porvenir que el mio..... Ya ves..... mi apellido es..... un apellido cualquiera, de orígen oscuro y humilde..... Cuando yo le he leido estos dias en los periódicos, envuelto en los elogios que te prodigaban, me acordaba de mis padres, honrados artesanos que apénas sabian leer, y cuyo nieto acababa de asombrar á la Europa con su talento. Me acordaba de tu niñez..... de mi historia..... de..... ¡Ah, hijo mio! (Se arroja en sus brazos llorando.)

RAFAEL. ¡Pero madre!..... esas lágrimas.....

ESCENA IX.

DICHOS.—ANSELMO por la derecha.

ANSEL. (Corriendo con los brazos abiertos hácia Rafael, y deteniéndose al ver llorar á Ángela.) ¡Mi querido Rafa.....! ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Estais llorando?

RAFAEL. Sí, padrino..... un poco..... por no perder la costumbre.

ANSEL. Mal hecho. Debisteis llamarme para formar el terceto como otras veces. En fin, dame un abrazo y cuéntatame la causa de ese gimoteo inoportuno. (Se abrazan.)

RAFAEL. Ántes es preciso que usted me explique ciertos planes de familia, de los que me ha hablado mi madre.

ANSEL. ¡Toma! Eso está dicho en dos palabras. Tu padre te reconoce, te da su apellido, y como el Marqués le

nombra heredero de su título y fortuna, resulta que tú vas á ser con el tiempo Marqués de Villaumbría..... (Haciéndole reverencias exageradas.) ¡Señor Marqués! Tengo el honor de ofrecer á usted mis respetos. ¡Qué sorpresa! ¿eh, Rafaelillo?

RAFAEL. Cierto..... sí..... pero..... me extraña sobremanera verle á usted tan contento..... y á mi madre tan llorosa.

ÁNGELA. ¡Si yo no lloro! ¡Si estoy tan alegre! (Esforzándose por reir.)

RAFAEL. ¡Oh!..... no..... aquí hay un misterio que yo aclararé. Tu amor de madre ha podido conducirte á aceptar alguna nueva humillacion, que yo jamas consentiria.

ÁNGELA. Rafael..... te aseguro.....

RAFAEL. Bueno; sea ó no cierta mi sospecha, estoy resuelto á obrar segun mi conciencia. Retírate á tu cuarto, madre mia, y espera tranquilamente los acontecimientos sin dudar de tu hijo ni del favor de Dios.

ÁNGELA. Él te ilumine, Rafael.

RAFAEL. ¡Adios, madre! (Abrazándola.—Vase Ángela por la izquierda.)

ESCENA X.

RAFAEL y DON ANSELMO.—Despues el MARQUÉS y DON FERNANDO.

ANSEL. Pero ¿qué te pasa, muchacho?

RAFAEL. Padrino, siento mucho que en esta ocasion haya procedido usted tan de ligero.

ANSEL. ¡Hombre!..... yo..... ya puedes calcular que lo hago por tu interes.

RAFAEL. Lo sé; pero usted mismo va á ver muy pronto la farsa.

ANSEL. ¿Qué farsa?

EL MARQ. (Por el foro, seguido de Fernando.) ¡Ya le tenemos aquí!

RAFAEL. (Abrazándole.) ¡Oh señor Marqués!

FERNAND. Permítame usted que le dé mi bienvenida.

RAFAEL. (Retirándose de él y friamente.) Mil gracias, señor don Fernando.

FERNAND. Rafael..... esa ceremoniosa gravedad debe desaparecer

entre nosotros, porque ya lo supongo á usted enterado.....

RAFAEL. Sí, señor; mi madre acaba de comunicarme la *desinteresada* resolucion de usted, aunque sin aclarar detalles que para mí son de importancia. Esos detalles pensaba yo preguntarlos á la señora Marquesa.....

FERNAND. ¡ Oh ! ella y yo estamos de acuerdo.

RAFAEL. Sí, como siempre. Veamos; ¿á qué precio ha pagado mi madre la benevolencia repentina de usted y de la señora Marquesa?

EL MARQ. (¡Malo..... malo!)

ANSEL. (¡Diablo de chico!)

FERNAND. Rafael..... á su madre de usted..... á tu madre, nadie le ha exigido nada..... Ella fué la que, comprendiendo lo violento de nuestra posicion, toda vez que yo tengo esposa, se brindó espontáneamente á abandonar la córte, viviendo alejada de nosotros en su posesion de Astúrias.....

RAFAEL. ¡ Ah ! Conque ella.. .. (Á Anselmo.) ¿ Qué le parece á usted, padrino?

ANSEL. Chico, yo ignoraba eso.

RAFAEL. (Á don Fernando.) Caballero, está satisfecha mi curiosidad sobre ese punto, y celebro no haberme equivocado. Pasemos á otra cosa.

ANSEL. ¿Qué irá á decir ahora? (Bajo al Marqués.)

EL MARQ. Escuchemos.

RAFAEL. Señor don Fernando de.....

ANSEL. Cabezon. (Interrumpiéndole.)

EL MARQ. Eso es, pero no lo usa.

ANSEL. No lo usa, pero lo es.

RAFAEL. Importa poco. Señor don Fernando de Villaumbría, yo me llamo Rafael del Valle; no tengo más pariente que mi madre; soy diputado; he sido secretario de la Cámara popular, y el Gobierno acaba de nombrame representante de España en una de las repúblicas americanas, ademas de agraciarme con una gran cruz por la mision diplomática que felizmente he terminado. Amo á su sobrina de usted, soy amado por ella, y tengo el honor de pedir su mano. Sírvase usted contestarme.

FERNAND. Nada más inútil que esta nueva peticion, cuando es

cosa ya convenida entre todos. Pero debo advertirte que ya no te llamas del Valle.

RAFAEL. ¿Que no? ¿Desde cuándo?

FERNAND. Desde que yo, siguiendo los impulsos de mi corazon, te concedo mi nombre.

RAFAEL. ¿Sí? Pues..... siento decir á usted que lo ha resuelto muy tarde.

FERNAND. ¡Cómo! (Sorpresa en todos.)

RAFAEL. Hace un año, yo no tenía nombre; y como usted me negó el mismo que ahora me ofrece, me he visto precisado á crearme uno, con el cual estoy muy satisfecho.

FERNAND. ¡Rafael!

RAFAEL. Muy satisfecho, repito; porque ese nombre, si no es ilustre ni glorioso, si es humilde y pertenece al pueblo, yo, que del pueblo he salido tambien, y en ello me honro, yo, que soy hijo de una humilde costurera..... (Movimiento de don Fernando.) nada más que de una costurera, he sabido elevar tan alto ese nombre, que hoy es objeto de envidia para más de un rancio y orgulloso aristócrata. En fin, señor don Fernando, no nos cansemos; hijo del pueblo he sido, soy y quiero ser; que vale más el blason de la honradez y del talento, que todos los que en la heráldica inventó, para cubrir pueriles vanidades, la soberbia de los magnates de otros dias.

EL MARQ. ¡Bravo, Rafael! (Dándole la mano.)

ANSEL. ¿Á que me hace llorar? (Conmovido.)

FERNAND. ¿Es decir, que se niega usted á aceptar lo que le ofrezco?

RAFAEL. Naturalmente. Si el nombre de usted no ha de devolver á mi madre su honra, y el mio puede llenarla de honores y consideraciones, la eleccion no es dudosa.

FERNAND. ¿Y si yo dijese á todo el mundo que es usted mi hijo?

RAFAEL. Haria usted muy mal, porque yo no diria nunca que usted es mi padre.

FERNAND. Es que el matrimonio de usted con Enriqueta no puede verificarse sin ese requisito.

RAFAEL. ¡Cómo!..... ¿Ella exige.....

FERNAND. No, ella sigue ignorándolo todo; pero mi madre no dará de otro modo su consentimiento.

ANSEL. Pues nos pasarémos sin él, y santas pascuas.

FERNAND. ¡Cómo!

RAFAEL. No hay que alterarse..... Puesto que todo es aquí cuestion de nombres, quiero dejar á mi futura el derecho de elegir el que más le agrade.

ANSEL. Justamente viene aquí con la señora Marquesa.

ESCENA XI.

DICHOS.—ENRIQUETA y LA MARQUESA por el foro.— Despues ÁNGELA.

RAFAEL. Señora..... (Saludando.)

LA MARQ. ¡Oh Rafaelito!..... ¿Qué tal el viaje?

RAFAEL. Bien, mil gracias. (Enriqueta y Rafael se estrechan las manos y hablan bajo.)

ANSEL. (¡No he visto vieja más hipócrita!)

LA MARQ. ¡Hola, Marqués!

EL MARQ. Buenas tardes, querida hermana.

LA MARQ. ¿Tambien has venido á honrar á ese chico, eh?

ANSEL. (Y sigue la marea).

EL MARQ. He venido á que él me honre.

ENRIQ. Supongo que no habrás dudado de Enriqueta.

RAFAEL. Ni un instante..... como tú tampoco habrás dudado de Rafael.....

ENRIQ. ¡Jamas!

LA MARQ. ¡Qué casualidad! Hénos aquí á todos reunidos.

RAFAEL. Todos, no: falta mi madre; pero vendrá pronto.

LA MARQ. ¡Oh! que no se moleste por nosotros.

ANSEL. (Ofreciendo una silla á la Marquesa.) Señora Marquesa, ya sabe usted que lo primero de todo es tomar asiento.

LA MARQ. Mil gracias. (Enriqueta ocupa otra silla, que le presenta Rafael.)

RAFAEL. Ya que, en efecto, la casualidad ha reunido aquí una especie de consejo de familia, desearia que en presencia de todos se me permitiera tener una explicacion con esta señorita.

ENRIQ. ¿Conmigo?

LA MARQ. Por mi parte..... (Aparte al Marqués.) ¿Qué será?

EL MARQ. Ya lo verémos.

RAFAEL. Gracias, señora. Enriqueta..... mi destino va á decidirse en este instante. Yo he pedido de nuevo la mano de usted á su señor tio, quien me la ha concedido.

FERNAND. En nombre de todos.

LA MARQ. Así es cierto. Accedo generosamente.

ANSEL. Y doy fe.

RAFAEL. Pero..... es que falta todavía el consentimiento de Enriqueta.

ENRIQ. ¡El mio! ¿Pues no lo tiene usted desde hace mucho tiempo?

RAFAEL. El dia en que se dignó usted otorgármelo, ignorábamos ambos cosas que ahora voy á revelarla. Cuando las sepa, será dueña de retirar ó confirmar su palabra.

LA MARQ. (Aparte al Marqués.) ¿Pero qué va á decir ese hombre? ¡Yo no consiento.....

EL MARQ. ¡Chist! Él lo sabrá. Cállate ahora.

ENRIQ. Bien; hable usted; ya le escucho.

RAFAEL. Enriqueta, el hombre que usted ama es.....

LA MARQ. ¡Caballero!

EL MARQ. ¡Eh! ¡Cállate si puedes!

LA MARQ. Es que no debo consentir.....

RAFAEL. Señora, cuando se obra con lealtad, hay que dar á las cosas sus nombres, y yo soy incapaz del engaño. Enriqueta, acabemos de una vez: yo soy un hijo ilegítimo; mi padre no quiso reconocerme, y está casado con una mujer que no es mi madre. Dígame usted ahora si consentirá en que aquella que me llevó en su seno, que me alimentó con su sangre y con sus lágrimas, y que la ama á usted sin conocerla, porque sabe que usted me ama, la dé públicamente el dulce y sagrado nombre de hija.

ENRIQ. ¡Oh, sí, Rafael, con todo mi corazon! (Movimiento de alegría en Ángela, que ha aparecido momentos ántes por la izquierda, y escucha sin ser vista de los demas personajes.)

LA M.ª Y F. ¡Oh! (Contrariados.)

ANSEL. ¡Bravo!

EL MARQ. ¡Bien, chiquilla!

ENRIQ. Yo no tengo madre y él me da una..... ¡pues eso más tendré que agradecerle!

ANSEL. ¡Sublime!

RAFAEL. Ademas, mi padre, que me olvidó durante veintiseis años, me ofrece hoy su nombre. ¿Debo aceptarlo, ó conservar el de mi madre? Dígalo usted, Enriqueta.

ENRIQ. Á mi ver, la eleccion no es dudosa. Yo, en lugar de usted, no usaria otro apellido que el que acaba de hacer ilustre con su talento, porque ese apellido, honrado por usted, vale más que todos los títulos de la tierra; es la absolucion de su madre, la recompensa de sus sufrimientos, y yo me consideraré muy orgullosa con llevarlo.

ÁNGELA. (¡Ah, Dios la bendiga!)

RAFAEL. ¡Alma generosa! ¡Tú me devuelves la felicidad! (Viendo á Ángela, que se ha ido acercando lentamente.) ¡Esta es mi madre, Enriqueta!

ENRIQ. ¡Madre mia! (Echándose en sus brazos.)

ÁNGELA. ¡Hija!..... ¡Bendita seas!

EL MARQ. ¡Bien, Rafael, muy bien!

ANSEL. ¡Cómo bien! ¡Mejor y retemejor!

LA MARQ. ¡Caballero!..... Cuando uno tiene el honor de enlazarse con una familia como la nuestra.....

RAFAEL. ¡Ah!..... señora Marquesa..... Olvidaba decir á usted que empeñándose el Ministro en dispensarme alguna gracia, á título de regalo de boda, le he dicho que, entrando á formar parte de tan ilustre familia, desearia un título de conde para el jefe de ella, mi señor don Fernando, y Su Excelencia se ha apresurado á concedérmelo.

FERNAND. (¡Ah!)

LA MARQ. No es mucho, pero al cabo.....

RAFAEL. (Á la Marquesa.) ¿La disgusta acaso mi oficiosidad?

LA MARQ ¿Disgustarme? Nada de eso. Al fin hace usted algo de provecho en su vida. (Al Marqués.) Empiezo á creer que tiene alguna sangre mia en las venas.

EL MARQ. Sangre azul, ¿eh?

LA MARQ. ¡Por supuesto, hombre!

ANSEL. ¿Pero así te vengas, chico?

RAFAEL. ¿Qué quiere usted? Cada uno hace las cosas á su modo, y no puede pedirse más al hijo de una pobre costurera.

LA MARQ. En efecto..... para plebeyo, no lo hace usted mal del todo.

FERNAND. (Aparte á Rafael.) Noble es su venganza..... Pero si usted no quiere llamarme padre, ¿me permitirá al ménos que yo le llame hijo?

RAFAEL. Soy huérfano de padre, querido tio. (Á Anselmo, que está gimoteando.) Pero ¿qué es eso, padrino? ¿Está usted llorando?

ANSEL. Sí; ya sabes..... por no perder la costumbre..... Pero ahora es de alegría.

RAFAEL. Bendito sea quien al fin nos premia, probando que, sin necesidad de ilustres apellidos, se puede ser honrado y feliz.

LA MARQ. Pues yo no cambio por nada mi sangre azul.

RAFAEL. Señora, puede usted pensar como guste; pero la Naturaleza rechaza con indignacion esas distinciones de la sangre, porque cuanto más roja sea ésta, con mayor facilidad pueden colorearse nuestras mejillas con el matiz de la vergüenza. Quédese, pues, cada uno con sus preocupaciones. Yo, que tengo puesta mi confianza en Dios, y procedo siempre con arreglo á mi conciencia, no ambiciono para mí otros títulos ni otros honores que la estimacion de las gentes honradas. Creo haberla merecido. Ellas decidirán.

(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol, de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y Osler*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.